

## Y LOS SUEÑOS, SUEÑO SON...

por Juan

Los facultativos acaban de salir hace un rato de la fría habitación del hospital. Les he oído decir que lo mejor en estos casos es aumentar “discretamente” la sedación y, después... todo llegará por sí solo. Llevo meses en coma. La medicina ya no puede hacer más. Y lo entiendo. Tampoco puedo pedir a Mónica, mi mujer, que condene el resto de su vida por un vegetal, ese vegetal en el que me he convertido... Me quedan horas, horas para el recuerdo, para el repaso de una vida, la mía. Nadie adivina que, bajo las constantes vitales que las máquinas mantienen, mi mente continua intacta, pero eso qué importa ya... Todo ocurrió no hace mucho, mi memoria lo evoca... como si fuera un sueño...

Recuerdo a Juan. Casi septuagenario, tenía un comportamiento peculiar. Inspeccionando el hospital, recorría los pasillos resbalando a menudo, cuando, finalizado uno, iniciaba otro en distinta dirección. Con frecuencia se le podía ver saltando compulsivamente, agobiando con tan extraña actitud a cuantos con él se cruzaban en su camino. Un salto, otro más... En cada aspaviento, su bata blanca atada a la espalda dejaba entrever, en la más púdica de las ocasiones, los prominentes huesos de su espina dorsal. Igual que un chiquillo exploraba las dependencias del frenopático (así le gustaba denominar al director las instalaciones de psiquiatría), o el manicomio, como todos lo llamábamos.

Los enfermeros de la décima planta acudían algunas veces para sedar a Juan antes de que se lastimase, ya que su tendencia a lesionarse era evidente. Obsesionado con las alturas, alargaba sus enjutos brazos subido en sillas y mesas, intentado asir masas de aire que, antojándosele sabe Dios qué objetos sólidos, escapaban intangibles entre sus manos... Otra pirueta más... Una nueva carrera... Más brincos... En sus exiguos periodos de calma gracias a la medicación que recibía para evitar que se lesionara, se le podía ver contemplando ensimismado el techo de las salas o “el espacio entre el techo y yo”, como Juan solía decir. Pero los momentos de sosiego eran escasos: tan pronto las inexplicables fuerzas para su avanzada edad quedaban restablecidas, brincaba de nuevo intentando atrapar el infinito. ¡Pobre Juan! Todos le

miraban con una mezcla de sorpresa y ternura porque, en sus momentos de lucidez, mostraba un alma limpia como la de un niño, cautiva en el cuerpo de un viejo loco.

Juan fue el primer paciente que atendí al iniciar mi vida laboral como psiquiatra. Un fuerte componente vocacional y una sana ambición me habían hecho renunciar a muchas cosas en la vida que, en ocasiones me atormentaban, recordándome el alto precio del éxito profesional. Cabe señalar, por otro lado, que, además, las cargas financieras contraídas contribuían a esmerarme en aquel paciente; en su historia. Miro mi vida desde entonces hasta ahora en que me encuentro postrado en esta cama de hospital y todo ha cambiado. La hipoteca está cancelada y también la de la residencia de verano. Ya no vivo en el mismo lugar y ahora, aun en estas circunstancias, yo soy el director.

Siguiendo los rudimentos experimentales, decidí presentarme a Juan para hacer una primera valoración. Un diagnóstico inicial libre de prejuicios puede aportar datos que otros médicos en su trato con los pacientes, no son capaces de percibir. Mi primera sorpresa se produjo a los pocos minutos de la entrevista. Lo que en principio interpreté como una clara demencia senil –con independencia de dos doctorados y tres ingenierías del paciente–, más tarde colegí como un trastorno paranoide con algunos matices que en la Facultad pasan desapercibidos y sobre los que sólo unos pocos se han atrevido a escribir algún libro.

De naturaleza alegre y despierta, Juan apuntaba maneras infantiles. Su rostro, marcado por las huellas de expresión que toda una vida llena de experiencias dejara, contrastaba con un espíritu juvenil aunque comedido. Impulsivo y con un carácter trasgresor que le llevaba a revelarse de forma intencionada contra las normas de la institución, Juan, no medía las consecuencias de sus actos, que nunca eran casuales y siempre tenían, un porqué, acertado o no, según la opinión del interlocutor con quien dialogara.

He de admitir que no fue sencillo establecer un diagnóstico ya que, el único modo de hablar con Juan era administrándole fármacos específicos y, en esas condiciones, los resultados no eran determinantes. Sin embargo, un joven médico ha de adecuarse al paciente y así fue

como, fruto de mi inexperiencia, decidí seguir a Juan en sus excéntricos saltos, –¿por qué no?– a fin de poder acercarme algo más a él. Si a todos les parecía extraño que un enfermo saltara, ¿qué pensaría la gente al verme hacerlo también a mí! Algunos colegas se reían, mientras que otros miraban hacia otro lado. Lo cierto es que la argucia me sirvió para ganarme la confianza de Juan y así poder profundizar en su psicología aunque, a día de hoy y después de todo lo acaecido, dudo realmente sobre quién examinó a quién.

En nuestras múltiples y agitadas charlas, Juan, incluso en sus momentos más lúcidos, no dejaba de observar el techo. Sus vivarachas e inquietas pupilas, cambiando de sentido y velocidad, lo recorrían de un extremo a otro. En ocasiones Juan sonreía y, en otras, sus ojos se tornaban tristes y acuosos cuando una tímida lágrima buscaba un surco entre los muchos que la arrugada cara del enfermo ofrecía.

La inquietante particularidad de Juan era que ¡no parecía aquejado de enfermedad alguna!: todos los *test* demostraban que era una persona brillante y lúcida. Su cociente intelectual (C.I.) sobrepasaba 136 con un nivel de indicadores más o menos homogéneos. Pero entonces ¿por qué actuaba así? Quizás debí haberme dado cuenta antes. Ahora sé, aunque tarde, que la respuesta era obvia, tan infantil como su alma: sólo una idea obsesiva podía arrebatar de la realidad a una persona notable como Juan hasta sumirla en el estado en que se encontraba; una idea pertinaz que le secuestrara la razón ofreciendo una cortina de humo a fin de preservar su integridad de las inquisitivas miradas de los doctores. Sin duda Juan guardaba un secreto, su secreto pero, ¿cómo arrancarle un secreto a un niño!

Mis razonamientos tenían que ser acertados: no podía tratarse de otra cosa. A cualquier persona, aun con menor capacitación que la de Juan, le resultaría imposible –cuando no absurdo– fingir una enfermedad mental con tal rigurosidad desde una actitud cuerda. Esa misma actitud era el síntoma inequívoco de un trastorno irreal; un cuadro psicossomático. Sólo alguien juicioso, prudente y reservado podría justificar una conducta semejante, utilizando la locura como un escudo para ocultar algo tan importante hasta el extremo de ¡aceptar la reclusión en un frío hospital psiquiátrico!

El acceso a los secretos más recónditos se camufla a veces en la sencillez. Así, basta un caramelo para entrar en el alma de un niño o una sonrisa para conseguir el cariño de un anciano. Cuestiones tan obvias se nos suelen olvidar a todos y, a veces, también a los profesionales de la mente. Nuestra misión como psiquiatras, es aprender las técnicas precisas que nos permitan, cual cerrajeros, acceder al interior de la morada; allí, el profesional de la psiquiatría observará qué ocurre y buscará la solución. Una a una, fui poniendo en práctica todas las técnicas que esta especialidad avala pero, todas sin éxito. El fracaso hacía poco a poco mella en mi ánimo transformando la euforia inicial en descorazonadora derrota.

Algunas veces me concedía una tregua para recuperar el resuello y, observaba con la cabeza inclinada, sentado al lado de Juan, el reluciente brillo de mis zapatos, intentando encontrar la chispa que permitiese acceder a la impenetrable fortaleza de la mente de Juan. Aquella mañana, recuerdo, sentía con auténtica tristeza que mis esfuerzos no conducían a nada y que todos aquellos años de estudio, trabajo y sacrificio se iban por un desagüe.

- "¿Qué te ocurre?", inquirió Juan con voz serena y amiga.

Su pregunta me sorprendió, ya que, si bien no era la primera conversación con Juan, en esta ocasión él tomaba la iniciativa. Debí haber adoptado, supongo, una actitud profesional y, aprovechando el resquicio de confianza que Juan me ofrecía, tender un puente hasta él. Pero, desolado y en extremo exhausto, decidí por un momento intercambiar los papeles. Le hablé de la frustración personal que arrastraba y de cómo se extendía a mi familia cuestionándome todos los pilares de la vida. Juan movía la cabeza en gesto de aprobación. Aquella experiencia abrió mi alma, descargando una tensión demasiado pesada de soportar en soledad. Juan, apoyada la espalda en el cristal de la ventana, escuchaba.

Fui tomando conciencia del tiempo transcurrido en que permanecí monologando mi alocución. Juan seguía apostado a mi lado y, con acertado criterio, opinaba mientras yo iba desgranando los sentimientos que afloraban en mi alma. Sin darme cuenta le había hablado de mi relación de pareja, de mis hijos, de mis compañeros de trabajo... Así, ahogando mis

sentimientos, como si necesitase la rápida protección de una armadura, le dije con descortés desdén, como el que le habla a quien cree que no puede entenderle:

- "Pero tú qué vas a saber de todo esto, pobre viejo".

- "No somos tan diferentes", replicó Juan, "quizá, la diferencia entre ambos radique en que tú no has sabido elegir tu sueño".

No estaba dispuesto a debatir con un enfermo del Hospital sobre mis problemas personales, y mucho menos, podía admitir sus consejos.

- "Como todo el mundo, yo tengo mis sueños, mis anhelos, mis retos... ¡pero he conseguido casi cuantos quería", contesté contrariado.

- "No me refiero a eso", apostilló Juan, "no dudo que tengas sueños, sólo digo didi que los que has conseguido, quizás no sean los que realmente deseabas".

He de reconocer que me sentía en desventaja, ofuscado en una conversación que me sobrepasaba. Yo había descubierto mis cartas con la despreocupación con la que se le habla a alguien que carece de capacidad de análisis aparente. Mi actitud no habría sido distinta si le hubiera hablado a las estrellas pero, repentina e inesperadamente, la coherencia de Juan hacía que me sintiera desnudo ante él. Quizá el estado de confusión me impedía entenderle con la sobriedad de la que suelo hacer gala.

- "¡A qué te refieres!", repliqué incómodo.

- "Los sueños no se eligen; todo lo contrario. Los sueños nos eligen a nosotros y hemos de estar dispuestos a aceptarlos. Tus retos no dejan de ser profesionales, familiares... es posible que todos te hayan sido impuestos, pero, ¿qué hay de tus sueños reales? ¿No tienes otras necesidades? ¿No anhelas nada irracional que nada racionalmente útil aporte salvo tu propia satisfacción? ¿Tienes la vida que realmente quieres?"

Aquellas frases resultaban tan profundas como frívolas. Dependiendo de quien las pronunciara podían tomar un significado u otro, ¡y qué significado darles si provenían de un enfermo del hospital! No obstante, el filo de cada palabra rasgaba mi coraza, desmembrando poco a poco cada uno de mis sólidos argumentos. Juan se revelaba como el mejor de los “cerrajeros”; de manera sutil él conseguía entrever mi interior. Me encontraba confuso por lo que allí pudiese encontrar.

El aviso del vigilante de seguridad me volvió a la razón. Se había hecho tarde y era necesario que los enfermos fuesen en prevención a sus habitaciones, desde donde podían ser televigilados. Pero me encontraba cómodo con Juan y transgrediendo las reglas, le indiqué al cuidador que yo me haría responsable del paciente.

- “No te preocupes”, insistió Juan, “tú eres el psiquiatra y tú mandas”, dijo con cierta vis cómica.

Aquello nos hizo reír a ambos. ¡Qué absurda situación!

Traté de afianzar fijar la idea –mi lucidez se negaba a abandonarme– de que aquello era bueno; que en esos minutos estaba consiguiendo más que en meses de terapia.

- “¿Qué sueños persigues tú? ¿Son recurrentes? ¿Hace tiempo que los observas?, pregunté tomando las riendas de mi perspicacia profesional.

Juan sonrió con un guiño; me había “pillado”.

- “No te preocupes”, dijo él, “no es ningún misterio: ambos tenemos un *roll* asignado conforme al que debemos actuar. Tú sin duda más que yo pues eres el psiquiatra... Pero no me importa... Hablemos de mí, hablemos de mis sueños, de su color, de su textura, de su tamaño, de su sitio...”

Juan, por fin, iba a hablar. Abría su alma permitiendo descubrir los misterios que en ella encerraba. Mas no podía vanagloriarme de que hubiese sido un logro personal. Cuando una fortaleza se doblega sin oponer resistencia no es una victoria, sino una rendición... aparente.

- "Los sueños brotan, emergen de ti y salen al exterior para unirse con los de otros. Una amalgama de sueños sutiles flotan gráciles, entremezclándose y conformando nuevos anhelos. Basta con "mirarlos" para poder "verlos"; es algo obvio; anárquico, caótico, pero preciso.

Así, uno debe perseguir los sueños que, paulatinamente, irán convirtiéndose en sueños nuevos, aderezados con las emociones de los sueños de otras personas. Y saltar, saltar para cogerlos, alargar la mano para acariciarlos, perseguirlos..."

Este nuevo giro en la conversación hizo que percibiera una certeza sobre el estado de Juan: no estaba loco, simplemente, estaba convencido de una idea que los demás no alcanzábamos a entender. La complicidad de la que Juan quiso que yo participara con aquel enigma, confería a mis ojos, supongo, cierta aura de loco que él captaba. No supe cómo actuar.

- "Tus sueños no son exclusivos: todos soñamos, todos tenemos anhelos..." dijo algo apesadumbrado, "pero a medida que se nos escapan, creemos que no nos pertenecían y, sin más, los dejamos volar.

Los objetivos profesionales no logrados, los amores platónicos, los deseos insatisfechos... siguen estando ahí. ¡Son reales! Es nuestra propia frustración la que nos hace perder la esperanza y, con ella, el hilo que los une a nosotros.

Una vez libres, los sueños continúan, flotan etéreos, libres... esperando encontrar el lazo que los amarre y los haga realidad, pero, claro, tú no puedes creerlo..."

He de confesar que la frontera entre el análisis clínico y la opinión subjetiva se disipó en aquel momento. El tono grave en la voz de Juan, sus silencios medidos, precisos, estudiados... embelesaban a cualquiera.

- "No, no..." –balbucí en un intento de simular atención ocultando que realmente me había quedado absorto en mis propios pensamientos–, "por favor, continua", atiné a decir.

- “Yo tuve un sueño hace años y, como les ocurre a tantos necios, lo alejé de su destino definitivo. Mi sueño volaba, y mientras volaba, la existencia proseguía su curso, pero el sueño estaba ahí. En multitud de ocasiones pasó por delante pero, ¡no lo pude ver! Que gran verdad es que “no hay peor ciego que el que no quiere ver”; en mi caso, como en el de la gran mayoría, lo esencialmente importante resulta imposible siquiera de vislumbrar.

Sé que resucitar recuerdos no resulta profesional y esto no ha de servir, pues, de excusa, pero el tono cadencioso en la voz de Juan unido a la profundidad de sus pensamientos, invitaba a transportarse años atrás donde casi no pude reconocirme en el cuerpo del muchacho lleno de anhelos, ambiciones, proyectos y, como no, sueños, que fui. Una etapa añorada y lejana; la memoria, selectiva por naturaleza, suele perpetuar los recuerdos agradables dejando atrás los esfuerzos y sinsabores. Para recordar aquel tiempo era necesario recordar a Gema, una preciosa chica de cabello dorado y ojos hirientes, de sonrisa dulce y cuerpo perfecto. Tal vez ella era mi sueño perdido, volatilizado... el motivo de mi frustración... pero mis propias exigencias me hicieron plantearme un futuro diferente al que quizá hubiera deseado.

- “¿Qué opina usted, doctor?” insistió Juan.

Mi torpeza al simular atención, llevó a Juan a proseguir antes de que yo pudiera reaccionar:

- “Ya veo... usted también tiene sueños invisibles, ¿no es así?”, volvió a preguntar, cómplice la sonrisa.

Me encontraba desarmado. El cazador se acababa de convertir en presa; a los ojos de un tercero parecería que el analista fuera Juan y yo el paciente.

- “Sí” –asentí intentando recuperar mi posición dominante de psiquiatra– “Yo, al igual que todos, he malogrado sueños” –confesé– “pero en realidad ha sido una decisión



personal, fruto de la elección que, desde el discernimiento todos debemos tomar para marcarnos un camino y..."

Juan explotó en un volcán de carcajadas. En cierto modo me alegré ya que mi voz comenzaba a titubear demostrando que ni yo mismo creía mi sermón.

- "No se engañe amigo mío pero, sobre todo, no trate de engañarme a mí".

La firmeza en la voz de Juan mezclaba un hábil tono de familiaridad con una clara amonestación. Aquella rotunda frase indicaba que no se podía insultar la inteligencia de Juan con estúpidos trucos de Facultad: él estaba por encima de todo aquello.

Recuerdo una tensa pausa de unos segundos que me devolvió a mi abstracción. El sueño seguía presente, esperándome en la memoria para recrearme con el recuerdo de Gema. De haber continuado con ella en lugar de abandonar nuestro pueblo con el fin de estudiar, ¿qué rumbo habría tomado mi existencia? Sin duda no tendría mi familia actual. Dos niños y una niña llenaban mi vida y la de mi esposa; quizás de forma independiente ya que hacía mucho que habíamos dejado de ser marido y mujer para convertirnos en padre y madre. No obstante, mi carrera, brillante desde la óptica más humilde, nos compensaba con una bonita vivienda, un chalet de verano y unas cómodas vacaciones de un mes al año pagadas ¡Qué más pedir a la vida!

Cuando quise retomar mi conversación con Juan, noté el peso de su mirada sobre mí. Juan me observaba dejándome a solas con mis pensamientos, con mis sueños. Su actitud no era muy diferente a la del maestro quien, acerca de sus enseñanzas, deja que el alumno reflexione. ¡Qué estupidez cometí, abandonado en ensoñaciones, al no retomar a tiempo las riendas de mi lucidez!

- "Juan ¿por qué has accedido hoy a contarme todo esto?", pregunté.

En respuesta, sonrió introduciendo su mano en el bolsillo de la bata de donde sacó un puñado de pastillas: ¡había engañado a la enfermera para evitar la medicación y me había engañado a mí! Ahora me daba cuenta de su estrategia, aunque era tarde para pedir ayuda al

vigilante. Atónito por la sorpresa, casi no tuve tiempo de reaccionar cuando Juan se abalanzó por la ventana, gritando como un poseído, intentando, quizá, asir un sueño. Aún así, pude sujetarle por la bata, pero el cristal de la ventana cedió bajo nuestro peso.

No sabría decir cuánto duró mi caída. Apenas debieron ser unos segundos, durante los cuales, vi por primera vez aquel sueño... Gema... se alejaba... Enloquecido, traté de alcanzarlo, pero, el sueño, se evaporó, voló. ¡Ya no me pertenecía! Fracciones de segundo después, logré ver un segundo sueño que, percibí como más real: ¡Era mi sueño!; ¡Mónica y mis hijos me contemplaban desde él! Siempre me había pertenecido y, por el hecho de tenerlo, no lo supe valorar convenientemente. Ellos, también flotaban en un halo mágico y, aunque intenté alcanzarles, el sonido de mis huesos al impactar contra el suelo me indicó que era demasiado tarde.